

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

DESCARTES

(1596-1650)

Vida

Nació en la Haye (Turena). Su padre, Joaquín Des Cartes, era consejero del Parlamento de Rennes. Su madre, Juana Brochard, de la Coussaye, murió en 1597. *“Yo heredé de mi madre una tos seca y un color pálido, que conservé hasta los veinte años, por lo cual me condenaban a morir joven todos los médicos que me vieron en ese tiempo”*. Por su endeble salud, hasta los ocho años su padre no le permitió ocuparse más que en sus juegos infantiles. Pero el pequeño Renato reveló un talento tan precoz, que su padre lo llamaba *“mon petite philosophe”* por las muchas preguntas que hacía, y solía decir que su hijo valía para encuadernarlo en piel de becerro.

Quedó huérfano muy niño y al cuidado de un tutor, Miguel Ferrand, el cual lo envió el 1606 al colegio de La Flèche, *“una de las más célebres escuelas de Europa”*, regentado por los jesuitas y fundado dos años antes por Enrique IV. Fue buen estudiante y siempre conservó afecto a sus profesores. Recibió una educación esmerada. Cursó latín, griego, historia, moral, matemáticas y filosofía. En una visita de Enrique IV al colegio, Descartes fue encargado de recitar un saludo en versos latinos.

En el *Discurso del Método* relata la impresión que le causaron los estudios y el estado de ánimo en que abandonó La Flèche en 1612, con un profundo desengaño de la mayor parte de las materias científicas. Apenas exceptúa las matemáticas, aunque todavía no había entendido su verdadera utilidad. Es posible que esas reflexiones, escritas muchos años después, no hayan sido tan prematuras, sino redactadas para una “puesta en escena” de su método. Se resolvió a completar su formación por su cuenta, estudiando en el *“gran libro del mundo”*. Se instaló en París, en el Faubourg Saint Germain, recientemente edificado. Estudió música, danza, esgrima y equitación. En 1615 se matriculó en la facultad de Poitiers, asistiendo a algunas clases, y se licenció en derecho civil y canónico (9 y 10 de noviembre de 1616).

Acababa de comenzar la guerra de los Treinta Años¹ y, deseoso de conocer mundo, se alistó en 1617 como voluntario a sus expensas en el ejército protestante de Mauricio de Nasseau, aliado de Francia contra España. Una tregua concertada entre holandeses y españoles y la escasa actividad militar le permitió vivir tranquilamente en Breda, dedicándose al estudio de las matemáticas (1617-19). Paseando un día de 1618 por la ciudad, se fijó en un cartel, escrito en holandés, en que se planteaba un problema de geometría. Descartes rogó a un desconocido que se lo tradujera al francés o al latín. El desconocido, que no era otro que Isaac Beeckman de Middelburg (1588-1637), principal del colegio de Dordrecht y autor del

¹La guerra de los Treinta Años forma parte de las contiendas por la hegemonía europea que tuvieron lugar a lo largo de la Edad Moderna entre España (Carlos V y Felipe II) y Francia (Francisco I, etc.) y que se encadenaron con las guerras de religión que tuvieron lugar en Europa central y occidental a lo largo de los siglos XVI y XVII como consecuencia de la reforma protestante. La guerra de los Treinta Años tuvo un origen religioso y prosiguió como conflicto entre las casas reinantes de Austria y de Borbón por la supremacía de Europa que, con la paz de Westfalia, pasó de los Austrias a los Borbones y de España a Francia.

cartel, lo hizo, invitándole, con un poco de ironía, a que le enviara la solución. Con gran sorpresa suya, Descartes se la envió el día siguiente, naciendo una amistad beneficiosa para el joven soldado, a quien Beeckman ayudó eficazmente en el estudio de las matemáticas. A este tiempo se remonta el proyecto de un tratado general de todas las ciencias matemáticas (aritmética, geometría, álgebra, astronomía, mecánica, óptica, música) encuadradas en una ciencia general del orden y de la medida, que Descartes expuso oculto (*larvatus*) bajo el seudónimo de Polynio el Cosmopolita.

Cansado de la inactividad del ejército de Mauricio de Nassau, se alistó en 1619 en el del príncipe elector Maximiliano de Baviera. Embarcó en Amsterdam hasta Hamburgo, atravesó Alemania hasta Frankfurt, donde asistió a la coronación del emperador Fernando II (1619), y llegó a Bohemia. La dureza del invierno impidió al ejército entrar en acción. Descartes, retirado en su alojamiento en Neuburg, cerca de Ulm, a orillas del Danubio, y al calor de una confortable “*poêle*”, trabajaba en su proyectado tratado matemático. Tuvo tres sueños consecutivos y algunas alucinaciones extrañas, en que creyó descubrir el fundamento de una “*ciencia admirable*”: “*X novembris, cum plenus form entusiasmo, et mirabilis scientiae fundamenta reperirem...*”². El año siguiente declara: “*Anno 1620, intelligere coepi fundamentum inventi admirabilis*”. Aquel “*invento admirable*” consistía en reducir todas las ciencias de la cantidad a una ciencia general del orden y de la proporción, aplicando el método del análisis y de la síntesis. En el *Discurso del Método* (2ª parte), quizá con un desplazamiento de cronología y de perspectiva, más que como un descubrimiento concreto, lo presenta como si fuera del método mismo, basado en el principio de la unidad de ciencia y en la necesidad de prescindir de todo lo anteriormente edificado para emprender una reconstrucción total del edificio científico conforme a nuevos principios. Descartes consideró aquella revelación como un aviso del cielo sobre su misión filosófica, y se planteó la pregunta de San Agustín: “*Quod vitae sectabor iter?*” (Ausonio). En agradecimiento hizo voto de ir a pie en peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Loreto, que cumplió en su viaje a Italia tres años después (1623).

Según Baillet, Descartes, durante su estancia en Alemania, hizo un viaje a Ulm para visitar al matemático y alquimista Johan Faulhaber (1580-1635), con quien mantuvo correspondencia en 1619, el cual le había puesto en relación con los caballeros Rosa Cruz. Pero se desengañó muy pronto del simbolismo de los números, del cabalismo y de sus extravagancias. En 1620 tomó parte en la campaña de Bohemia y entró victorioso en Praga. Pero se convenció de que su vocación no estaba en la vida de las armas y, terminada la campaña de Hungría, abandonó la profesión militar (1621). Regresó a Francia pasando por Holanda, donde tuvo que tomar una barca para atravesar un río. Los barqueros, creyendo que no entendía su lengua, hablaron entre sí, proponiendo robarle. Descartes reaccionó valientemente. Empuñó la espada y su resuelta actitud intimidó a los barqueros, que no se atrevieron a atacarle.

²Geometría analítica: Fundada por Descartes y considerada como el principio de la matemática moderna. Consiste en la aplicación del álgebra al análisis geométrico mediante el establecimiento de ciertos convenios, fundamentalmente la creación de un *sistema de coordenadas* que permite individualizar cada punto del espacio por un conjunto de números (dos para la geometría plana y tres para la del espacio). Con estos convenios es posible representar las rectas, curvas y superficies por ecuaciones y aplicar a su estudio el análisis algebraico...

Llegado a su tierra natal (1621), vendió sus propiedades, obteniendo el dinero suficiente para vivir el resto de su vida modestamente, pero sin preocupaciones. Pasó en París el invierno de 1622.23. En 1623 hizo un viaje a Italia, pasando por Suiza y el Tirol. En Roma conoció al futuro cardenal Pedro Bérulle (1623). Visitó Venecia (1624) y cumplió su voto en el santuario de Loreto. Pasando por Toscana y Piamonte, regresó a París en 1625. Allí volvió a encontrar al cardenal Bérulle, fundador del Oratorio, el cual, dándose cuenta de su talento, le hizo serias reflexiones sobre su responsabilidad como cristiano de emplearlo para combatir a los “libertinos”. A este consejo responde un *Traité de la divinité*, en que Descartes comenzó a trabajar en 1628, sin abandonar sus estudios matemáticos, y que es probablemente un esbozo de lo que más tarde serán sus *Meditaciones*. En 1626 comenzó las *Regulae ad directionem ingenii*, que es la menos cartesiana de sus obras, muy distinta de la epistemología del *Discurso del Método*, basada en el *Cogito, ergo sum*, y que dejó sin terminar.

En 1629, a sus treinta y tres años, pasó a Holanda, buscando quizá un ambiente de más tranquilidad y libertad. Allí permaneció veinte años, cambiando frecuentemente de lugar de residencia. En Sandport (1637) tuvo una hija natural -Francine- con su criada Elena Moëtjens.

Antes de 1633, tenía terminado su *Traité du Monde ou de la Lumière*, en que defendía el movimiento de la tierra. Pero no lo publicó debido a la condenación de Galileo (22 de junio de 1633). En 1637 publicó en Leyde su *Discurso del Método*, en francés, junto con la *Dióptrica*, los *Meteoros* y la *Geometría*, donde hace una somera indicación de su método y una ligera exposición de su *Metafísica*, su *Física* y su *Moral*. Esa obra, al mismo tiempo que le valió la celebridad, suscitó violentas controversias, disgustando tanto a los católicos, que lo calificaron de hereje, como a los protestantes de Leyde y Utrecht, que lo consideraron ateo. Poco después (1640) apareció el *Augustinus* de Jansenio, y en las luchas que sobrevinieron anduvieron mezclados el jansenismo, el calvinismo y el cartesianismo. Desde entonces ya no fueron tranquilos los años de su estancia en Holanda.

En 1641 aparecieron en París las *Meditaciones metafísicas*, con motivo de lo cual arreció la oposición tanto de los católicos como de los protestantes.

En 1644 publicó en Amsterdam los *Principia Philosophiae*, dedicados a la princesa Elisabeth, hija del elector palatino Federico V, rey de Bohemia. Contienen sustancialmente las mismas doctrinas que las *Meditaciones*, pero en estilo más breve, conciso y directo, en forma de artículos claramente formulados, con el propósito de suplantar la filosofía aristotélica. En 1648 publicó *Notae in programma quoddam*, contra Enrique Regius. En estos años se interesó por la fisiología y la medicina, a la que en el prólogo de los *Principia* menciona como una de las principales ramas en que se divide el árbol de la ciencia. Sus últimas obras fueron el tratado *De ll'Homme* y *Les passions de l'âme* (París y Amsterdam 1649), en que expone su psicología y su moral.

En Holanda tuvo buenos amigos, entre ellos Christian Huygens, pero los ataques de sus adversarios llegaron a hacerle la estancia incómoda y hasta insoportable. El médico Plemp comenzó a combatirle en 1648, pidiendo la proscripción del cartesianismo porque enseñaba doctrinas contrarias a la salud. Más tarde, en su *Fundamenta Medicinae* (1654) lo califica de “destructor, loco y salvaje”.

En estas circunstancias recibió la invitación de la reina Cristina de Suecia, a quien había sido recomendado Chanut (1600-62), cuñado del cartesiano Clerselier y embajador de Francia en Suecia. Descartes vaciló algún tiempo en aceptar. Pero al fin se decidió y embarcó en Amsterdam el 1 de septiembre de 1649, llegando a Estocolmo, donde fue admirablemente recibido. Su buen estado de ánimo se manifiesta en que compuso versos, una comedia y un ballet. Pero, contra su costumbre de no madrugar, tenía que dar lecciones a la reina a las cinco de la mañana. En enero de 1650 contrajo una pulmonía, muriendo el 11 de febrero, a los cincuenta y tres años. El canciller de la Universidad se disponía a pronunciar la oración fúnebre, pero tuvo que suspenderla porque llegó una orden de la corte prohibiendo hacer públicamente el elogio de Descartes. Chanut recogió sus manuscritos y los envió a Clerselier en 1653. Llegaron mojados y en mal estado, pero todavía pudieron utilizarlos Nicole, Arnauld y Leibniz. En 1667 sus restos fueron trasladados a París, donde reposan en el panteón de Sainte Geneviève-du-Mont (hoy Saint Etienne-du-Mont).

Epistemología

Descartes parte de la afirmación de que sabiduría humana es **una** sola cosa. La sabiduría, por tanto, no consiste tanto en una acumulación de conocimientos como en una actitud que consiste en **regirse por...** ¿por qué?: por la verdad, por el ser, por el principio. Por tanto, esta cuestión de la unidad del saber es la cuestión de lo que de antemano hace posible todo saber particular, la cuestión del **principio**.

El rasgo fundamental del saber es la **certeza**, que Descartes entiende como la **imposibilidad de dudar** (absoluta, no subjetiva).

Obsérvese que si la verdad se concibe como certeza, como imposibilidad de dudar, la verdad debe ser algo de la mente, la adecuación de la mente a la mente misma, a su propia ley. La regla de la mente que discierne lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto, es lo que Descartes llama el **método**.

La imposibilidad de dudar, pues, no viene dada por la experiencia, que puede ser engañosa; ha de venir, pues, del método **deductivo, matemático**. Las matemáticas, en efecto, no reciben nada de la experiencia, sino que están constituidas por el **proceder puro de la mente según su propia ley**. El verdadero conocimiento es, pues, un **concebir en la mente**, pero al mismo tiempo es un **ver**, una **intuición**, porque no es un concebir arbitrario, sino sometimiento a la ley de la propia mente. La intuición cartesiana es una percepción de las ideas directa, inmediata, simultánea, que excluye toda posibilidad de duda y error.

La mente no es, pues, ahora, un simple ente privilegiado, no es un ente, sino aquello en lo que consiste ser, lo ontológico. El ser es la certeza, y la certeza consiste en el proceder necesario de la mente, en el método.

Sujeto es ahora la mente (lo su-puesto) y objeto (*ob-iectum*: puesto delante, enfrente) designa lo ente en cuanto tal. Lo "objetivo" es lo que es puesto en aquel proceder de la mente que excluye toda posibilidad de duda; lo "subjetivo" es aquello que está en la mente de forma que podemos dudar de ello, que la mente no lo pone, no lo asienta firmemente, sino que se limita a tenerlo.

Ese “poner delante” no es arbitrario ni invención, sino sometimiento, por tanto: **conocimiento, percepción**, y las notas de esa percepción en la que hay certeza son **CLARIDAD** y **DISTINCIÓN**.

CLARIDAD quiere decir que la cosa es **presente, manifiesta**.

DISTINCIÓN quiere decir que está perfectamente **delimitada**, que “es de tal modo precisa y diferente de todas las demás que no comprende en sí más que aquello que aparece manifiestamente al que la considera como conviene”.

Lo contrario de claro es **oscuro**, lo contrario de distinto es **confuso**.

Lo matemático es lo claro y distinto, lo cierto. Es claro porque se nos aparece evidentemente, sin lugar a dudas, mientras que lo empírico se nos aparece de modo cambiante y siempre sospechoso de error; es distinto porque eso que se nos aparece sin lugar a dudas está perfectamente definido, precisamente porque el espíritu asiste a su definición, a su determinación, a su construcción; una línea es algo que se construye en la mente; lo matemático no sólo lo vemos como hecho, sino que se hace en la mente misma; en cambio, lo empírico sólo nos lo encontramos como hecho, no podemos construirlo, por lo tanto, no vemos qué es.

Aquello que hace de la matemática una ciencia no empírica consiste, para Descartes, en el **orden** y la **medida**. Orden y medida constituyen una **ley a priori de la mente**. Este orden (el orden en sí mismo) no es un orden de cosas (entendiendo por “cosas” algo dotado de cualidades características y por tanto distintas del puro orden), sino el orden de unidades descualificadas, cada una de las cuales es absolutamente igual a la anterior; es el puro “uno y otro y otro...” absolutamente uniforme, la pura extensión.

Todo lo corpóreo es reducible a extensión, a magnitud, por tanto a suma de unidades³. El ideal de la ciencia sería reducir todo a matemática, que la diferencia confusamente percibida entre el rojo y el azul quedase reducida a algo del tipo de la diferencia entre



sólo entonces la diferencia entre el rojo y el azul quedaría elevada al nivel de algo percibido clara y distintamente.

La construcción de la mente es para Descartes el ser mismo de la cosas; en esa construcción es donde se da el orden de dependencia esencial de unas cosas con respecto a otras.

Descartes llama **absoluto** “a todo lo que contiene en sí la naturaleza pura y simple de la que se trata; y lo llamo lo más simple y lo más fácil”. **Relativo**, en cambio, es lo que, ciertamente, “contiene esa misma naturaleza, o al menos participa en algo de ella, por lo cual puede ser referido a lo absoluto y deducido de ello mediante una cierta serie, pero que además contiene en su concepto algunas otras cosas que llamo relaciones”.

³Coordenadas cartesianas: una curva es la suma de todos los puntos que cumplen una condición.

En la **deducción** de lo relativo entran, pues, dos -digamos- premisas: lo **absoluto** y la **relación**; bien entendido que de lo relativo deducido de un absoluto mediante una relación puede a su vez deducirse otro relativo mediante la misma u otra relación, y así sucesivamente. P. ej., en una progresión geométrica cada término se “deduce” del anterior, y la relación es la razón de la progresión.

La deducción es la construcción de lo relativo a partir de lo absoluto; por lo tanto, es la intuición de lo relativo precisamente como relativo: todo paso del entendimiento que se ve absolutamente, toda evidencia absoluta de una conexión necesaria, evidencia que no deja lugar a dudas.

La deducción cartesiana se diferencia del silogismo escolástico fundamentalmente en que éste operaba por inclusión de unos universales en otros. Lo primero era, pues, lo que tenía un grado más alto de universalidad. En Descartes lo primero es lo más simple; lo menos general. Lo más general, que se obtiene por abstracción, es compuesto, se obtiene de varias cosas.

Podemos ilustrar la diferencia entre la deducción cartesiana y la silogística observando que precisamente las verdades matemáticas no son demostrables silogísticamente. No hay nada en el concepto de triángulo que se refiera a la suma de los ángulos; en donde sí se encuentra es en la **intuición** del objeto mismo: **vemos** que, como quiera que construyamos un triángulo, siempre podemos hacer sobre él cierta construcción que nos hace ver la suma de los tres ángulos como idéntica a 180° . A su vez, el concepto de triángulo parte de cosas **más simples** que están contenidas en él: puntos, líneas, ángulos...

Resolver una cuestión no es, para Descartes, introducir algún principio nuevo que dé cuenta del fenómeno que trata de explicar, sino reducir el fenómeno en cuestión a algo **ya conocido**. Para Descartes, la ciencia trata de explicar lo empírico; pero explicar es precisamente reducir la complejidad en principio indefinida del hecho sensible a combinación de aquellas **naturalezas simples**, que **por sí mismas** son siempre conocidas, es decir: **evidentes**.

Si todo nuestro saber estuviese explícitamente ordenado de lo más simple a lo más complejo, todo él sería una sola deducción continuada y no habría lugar alguno para la memoria y el tanteo.

Según esto, Descartes establece un **método** que queda reducido, en el “Discurso del método” a cuatro reglas o preceptos:

1. *“El primero de estos preceptos consistiría en no aceptar como verdadera cosa alguna que no supiera con evidencia absoluta ser tal, o sea: en evitar cuidadosamente la precipitación y los prejuicios, exigiendo que mis juicios sólo contuvieran aquello que se presentara a mi espíritu con tanta claridad y distinción que no ofreciera flanco alguno a la duda”.*

2. *“El segundo, era la exigencia de dividir cualquier dificultad que mi espíritu examinara en tantas parcelas como fuera necesario para una adecuada solución”.*

3. *“El tercero, ordenar mis pensamientos, empezando siempre por aquellos referentes a los objetos más simples y fáciles de conocer, remontándome lenta y gradualmente hasta el conocimiento de los objetos compuestos; suponiendo un orden incluso entre aquellos pensamientos que no muestran un orden natural de sucesión”.*

4. “Y el último, consistía en hacer enumeraciones tan completas y recuentos tan generales que pudiera tener la seguridad de no caer en omisión alguna”.

El Cogito

Vemos, pues, que ya en la primera regla o precepto del método se impone Descartes rechazar todo aquello que (aun siendo extraordinariamente verosímil) ofreciera algún flanco a la duda. Ahora bien, Descartes considera que ninguno de los principio establecidos como absolutos por la Filosofía resiste esta prueba. Se propone, pues, hallar él mismo un fundamento, es decir, acceder a una verdadera evidencia. Verdaderamente evidente es algo que, **por sí mismo** se muestra, algo para cuya contemplación no hay que dar ningún rodeo. Las condiciones de una base inconmovible son, pues, **claridad, distinción, simplicidad y evidencia**. Para remitir todo conocimiento a la **certeza** Descartes somete todo a la prueba de la **duda metódica universal**, que consiste en dejar fuera todo aquello de lo que no sea absolutamente imposible dudar.

Lo primero que sucumbe a la duda es **lo empírico** o sensible:

“...debo considerar aquí que soy hombre y, por consiguiente, que tengo costumbre de dormir y de representarme en sueños las mismas cosas, y a veces cosas menos verosímiles, que esos insensatos (se refiere a los locos) cuando están despiertos. ¿Cuántas veces no me habrá ocurrido soñar, por la noche, que estaba aquí mismo, vestido, junto al fuego, estando en realidad desnudo y en la cama!. En este momento estoy seguro que yo miro este papel con los ojos de la vigilia, de que esta cabeza que muevo no está soñolienta, de que alargo esta mano y la siento de propósito y con plena conciencia: lo que acontece en sueños no me resulta tan claro y distinto como todo esto. Pero, pensándolo mejor, recuerdo haber sido engañado, mientras dormía, por ilusiones semejantes. Y fijándome en este pensamiento, veo de un modo tan manifiesto que no hay indicios concluyentes ni señales que basten a distinguir con claridad el sueño de la vigilia, que acabo atónito, y mi estupor es tal que casi puede persuadirme de que estoy durmiendo”.

Aunque improbable, no puede, pues, excluir totalmente la hipótesis de que esté soñando, por consiguiente, los sentidos pueden engañarnos. Quedan, por tanto, las **matemáticas**: Despierto o dormido dos más tres son cinco, a menos que - eventualidad que no se puede excluir- Dios todopoderoso esté engañándome.

Allí donde el sueño es impotente, la hipótesis del todopoderoso **genio maligno** triunfa: “¿Qué podré entonces tener por verdadero?. Acaso esto sólo: que nada hay cierto en el mundo?”

El objeto de la reflexión cartesiana a partir de este momento será encontrar otro punto de apoyo que esta certeza puramente negativa, al igual que “Arquímedes, que para trasladar la tierra de lugar sólo pedía un punto de apoyo firme e inmóvil; así yo también tendré derecho a concebir grandes esperanzas si por ventura hallo tan sólo una cosa cierta e indubitable”.

El **cogito** constituirá la nueva certidumbre. Descartes no encontrará razón alguna para dudar de que piensa:

*“Tomé la resolución de fingir que todas las cosas que habían penetrado mi espíritu no tenían mayor verdad que las ilusiones de mis sueños. Pero inmediatamente después me di cuenta que mientras quería pensar que todo es falso, necesario era que yo que lo pensaba fuera algo. Y apercibiéndome de que esta verdad: **pienso, luego soy**, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos serían impotentes frente a ella, juzgué que podría sin escrúpulo alguno considerarla como el **primer principio de la filosofía** que buscaba”.*

Así, pues, Descartes es una cosa que piensa. Mas ¿qué contenido tiene una cosa que piensa?:

“Qué es una cosa que piensa?. Es una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también y que siente”.

No se refiere, pues, a su existencia como cuerpo, sino únicamente a la existencia del *cogito*, de la mente, del pensamiento junto con su contenido: recuerdos, imágenes, sensaciones, voliciones, etc., a todo lo cual llama Descartes **ideas**. El término **IDEA** pasa a significar ahora “todo contenido de la mente” y **en la mente**, concebida ahora como el ámbito de lo ente en cuanto tal, no como un ente determinado, **reaparece todo lo ente**, incluso con aquellas distinciones de las que podría suponerse a primera vista que requieren la noción de una realidad extramental, a saber:

- La distinción entre lo **“verdadero”** y lo **“falso”**; porque ahora lo verdadero es lo que la mente percibe clara y distintamente; lo no verdadero (lo incierto) es lo que no responde a este criterio.
- La distinción entre lo **“interior”** y lo **“exterior”**; porque la mente percibe en sí misma lo matemático, que es “exterior”, no porque se lo atribuya a una realidad substancial extramental, sino por su mismo contenido mental, porque es extensión, y la extensión es la exterioridad misma. En cambio, la percepción de que yo pienso algo es la percepción de algo interior. **La distinción entre lo exterior y lo interior reside en la mente misma**. Y, en este sentido, sigue teniendo validez que la distinción entre rojo y verde estaría percibida clara y distintamente (sería cierto, verdadero) cuando lo hubiésemos reducir a una combinación de las naturalezas simples.

Lo matemático, pues, sigue subsistiendo como contenido de la mente en el “yo pienso”, y subsiste en calidad de absolutamente cierto, lo cual quiere decir no que sea adecuado a la realidad en sí, sino que las matemáticas son absolutamente necesarias para la mente y en la mente; dicho burdamente: que la mente no puede funcionar de otra manera (ni siquiera en sueños o alucinada); nunca, ni siquiera en sueños, podemos ver un triángulo con dos ángulos rectos.

Al menos en principio, lo único absolutamente cierto de que yo lo pienso es que yo lo pienso; de lo que percibo clara y distintamente es absolutamente cierto que lo percibo clara y distintamente (por lo tanto, ello mismo es absolutamente cierto, pero esa certeza absoluta es algo que tiene lugar en el proceder de la mente); de lo que percibo oscura y/o confusamente es algo cierto que hay una percepción oscura y confusa (por lo tanto que ello mismo es no absolutamente cierto).

La mente misma es el ámbito de toda verdad ⁴(y, por tanto, de toda no verdad). Descartes, con su duda metódica, no disminuye en nada el contenido de lo real; porque todo lo que pensamos está en nuestro pensamiento, y como presente en el pensamiento resiste absolutamente a la duda; por lo tanto, la amplitud de contenido de lo ente no ha cambiado, lo que ha cambiado es el sentido en que es, en que es “ente”. Lo ente ha quedado reducido a la mente, pero esta reducción no afecta al contenido de lo ente (que sigue siendo el mismo que antes), sino al sentido de “ser”; es el “ser” el que consiste en el proceder absoluto de la mente.

Así, los contenidos de la mente o ideas pueden ser y son de hecho clasificadas por Descartes en cuanto a su **origen** en:

a) **Adquiridas** o adventicias: aquellas que provienen de la experiencia sensible, de la enseñanza o el trato con los demás. Descartes no niega que los sentidos conozcan, ni la validez de sus conocimientos. Pero prescinde de ellos porque no los considera absolutamente ciertos ni seguros.

b) **Artificiales** o facticias: Las elaboradas por nosotros, como la imaginación forma, p. ej., la idea de centauro.

c) **Innatas** o naturales: Las que no provienen de los sentidos ni han sido producidas por nosotros, sino de la propia facultad de pensar. Descartes usa el término “innato” *“en el mismo sentido que cuando afirmamos que la generosidad es innata en algunas familias y que en otras lo son algunas enfermedades como la gota o el cálculo, pero no en el sentido de que los hijos de esas familias produzcan estas enfermedades desde el vientre de sus madres, sino en el sentido de que nacen con cierta disposición o facultad para adquirirlas”*

Descartes cita como idea innata la siguiente noción: *“las cosas que son idénticas a una tercera son idénticas entre sí”*

⁴ Sin embargo hay una diferencia entre lo cierto y lo verdadero. La mente posee certeza respecto de las ideas innatas, incluidas las referentes a la extensión, pero ¿son verdaderas? ¿se corresponden con alguna realidad exterior? Para establecer la veracidad se hará necesario rechazar la hipótesis del genio maligno.

Pruebas de la existencia de Dios

Descartes considera como una de las ideas innatas la idea de Dios:

“Sólo me queda por examinar de qué modo he adquirido esa idea. Pues no la he recibido de los sentidos, y nunca se me ha presentado inesperadamente, como las ideas de las cosas sensibles, cuando tales cosas se presentan, o parecen hacerlo, a los órganos de mis sentidos. Tampoco es puro efecto o ficción de mi espíritu, pues no está en mí poder aumentarla o disminuirla en cosa alguna. Y, por consiguiente, no queda sino decir que, al igual que la idea de mí mismo, ha nacido conmigo, a partir del momento mismo en que yo he sido creado”.

Para demostrar la existencia de Dios y salir del **solipsismo** utiliza tres pruebas:

1 La idea de Dios en relación con su causa. La causalidad

Entre todas las ideas no hay ninguna diferencia si se consideran desde el punto de vista de su realidad subjetiva, esto es, como actos mentales; pero si se consideran desde el punto de vista de su realidad objetiva, o sea, de las cosas que representan o de que son imágenes, son muy diferentes unas de otras.

Desde este punto de vista pueden ser examinadas para descubrir la causa que las produce. Las ideas que representan otros hombres o cosas naturales, no contienen nada tan perfecto que no pueda ser producido por mí. Pero, por lo que se refiere a la idea de Dios, esto es, a una substancia infinita, eterna, omnisciente, omnipotente y creadora, es difícil suponer que pueda haberla alcanzado yo mismo. La idea de Dios es la única en la cual hay algo que no puede venir de mí mismo, en cuanto yo no poseo ninguna de las perfecciones que están representadas en esta idea.

Descartes afirma, en general, que la causa de una idea debe siempre tener al menos tanta perfección como la representada por la idea. Por esto, la causa de la idea de una substancia infinita no puede ser más que una substancia infinita; y la simple presencia en mí de la idea de Dios demuestra la existencia de Dios.

2 La idea de Dios en relación a nuestro ser. La finitud de mi yo

Puedo llegar a conocer la existencia de Dios, según Descartes, por la misma consideración de la finitud de mi yo. Yo soy finito e imperfecto, como se demuestra por el hecho de que dudo, pero si fuese la causa de mí mismo, me habría dado las perfecciones que concibo y que están precisamente contenidas en la idea de Dios. Es, pues, evidente que no me he creado a mí mismo y que ha debido crearme un ser que tiene todas las perfecciones cuya simple idea yo poseo.

3 La idea de Dios en relación consigo misma. El argumento ontológico

Dios existe en virtud de su propia esencia, por la sobreabundancia de ser, y por tanto, de perfección que lo constituye. Así como no es posible

concebir un triángulo que no tenga los ángulos internos iguales a dos rectos, tampoco es posible concebir a Dios como no existente.

La res extensa

Una vez demostrada la existencia de Dios, que le suministra la garantía de bondad y veracidad divinas, Descartes se arriesga a alejarse un poco más de la intuición fundamental de *cogito*, y se propone elaborar una teoría del mundo físico, aplicando rigurosamente su método, deduciéndola a partir de la intuición de su idea clara y distinta de extensión.

Tenemos conciencia de que percibimos objetos que causan impresiones en nuestros sentidos. Pero esas percepciones ¿corresponden a un mundo corpóreo, real, o son solamente una ilusión nuestra, producto de un genio maligno engañador, que se entretiene en jugar con nosotros?. Lógicamente, en virtud de sus propios principios, Descartes solamente debería afirmar la “realidad” de su idea clara y distinta en el orden interno, psicológico o fenoménico. Pero una vez en posesión del segundo criterio de la veracidad divina, que garantiza nuestras “intuiciones sucesivas”, se decide a intentar una “demostración” de la existencia del mundo exterior y de los caracteres y propiedades de la materia corpórea. El procedimiento es el siguiente:

1.- Descartes analiza su idea de materia y va excluyendo de ella todas sus propiedades, hasta llegar a la extensión con sus tres dimensiones, de la cual cree no poder prescindir sin destruir el concepto mismo de materia. Por lo tanto, concluye que la extensión es la esencia, el atributo esencial de la materia corpórea. Todas las cualidades de los cuerpos -color, olor, sabor, figura, etc.- cambian constantemente. Pero hay una que siempre permanece inalterable, y es su volumen o extensión en sus tres dimensiones -longitud, latitud y profundidad-. Un pedazo de cera puede moldearse de mil maneras, en mil figuras diferentes, pero su volumen permanece inalterable. Por consiguiente, así como **el pensamiento es la esencia del alma, la extensión es el atributo esencial de los cuerpos**.

2.- La contemplación de la idea clara y distinta de extensión puede bastar para fundamentar las deducciones de la geometría, pero no es suficiente para afirmar la existencia de un mundo corpóreo fuera de nosotros. Por eso Descartes, acorralado por las objeciones de Gassendi, pone en juego el criterio de la veracidad de Dios e intenta salir del atolladero mediante tres pruebas escalonadas: la primera posible, la segunda probable y la tercera cierta.

a) Es posible que existan cosas materiales, porque esas cosas las concebimos claramente en las demostraciones de la geometría y Dios puede producir todas las cosas que nosotros concebimos claramente y en las cuales no existe contradicción.

b) Es probable que existan los cuerpos porque aparecen claramente en las representaciones de mi imaginación⁵ y llegan a convencerme de que existen en la realidad.

⁵Descartes no recurre a la percepción de los sentidos externos, sino a la interna de la imaginación, que es un modo del pensamiento.

c) Poseo la idea clara y distinta de extensión y, además, tengo la convicción de que existen cosas corpóreas. Esta idea y esta convicción me aparecen como viniendo de realidades que existen fuera de mí. Ahora bien, Dios no es capaz de engañarme y *“no habiéndome dado ninguna facultad para conocer que ello es así, sino, muy al contrario, una poderosa inclinación a creer que las ideas provienen de las cosas corporales, no sé cómo se le podría disculpar del engaño, si, en efecto, esas ideas procedieran de otra parte o fuesen producidas por otras causas y no por las cosas corporales. Por todo lo cual hay que concluir que existen cosas corpóreas”*⁶.

Dios cumple, pues, en el sistema de Descartes, una primera función como **garantía de verdad** de nuestras ideas claras y distintas. Pero ¿cómo se explica el hecho de que nos equivoquemos, siendo así que disponemos de dos criterios de verdad tan seguros como son la evidencia de las ideas y la veracidad divina? Descartes atribuye el error a la intervención de la voluntad, la cual hace “precipitarse” al entendimiento a formular juicios sin la suficiente preparación. La verdad y el error están en el juicio, pero el juicio depende de una decisión libre de la voluntad, la cual puede mover al entendimiento a dar asentimiento prematuramente a una idea confusa. El remedio consiste en suspender el asentimiento hasta que el entendimiento vea con claridad y distinción la idea que se le presenta.

La substancia

Descartes define “substancia” como *“aquello que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir”*.

Pero Descartes se da cuenta de que esta definición, en rigor, solamente puede aplicarse a Dios y, por lo tanto, sólo Dios sería substancia. Para aclararla dice que, aunque sea así propiamente hablando, puesto que las cosas creadas no pueden subsistir ni un momento si no están sustentadas, sostenidas y conservadas por la potencia divina, sin embargo, la palabra *substancia* no es unívoca respecto de Dios y las criaturas y puede aplicarse a algunas cosas creadas que para existir solamente necesitan el concurso de Dios, a diferencia de otras que requieren estar como sustentadas en éstas a la manera de cualidades o atributos. La substancia es el sujeto inmediato de cualquier atributo del que tengamos una idea real.

La noción cartesiana de substancia es muy distinta de la escolástica (aristotélica). Descartes pone el acento en la **existencia** (es lo que existe **por sí** mismo), mientras que la escolástica pone como constitutivo de la esencia substancial, no la simple existencia, sino el **modo de existir (*in se*)**, a diferencia del accidente, que también puede existir, pero ***in alio***.

Se pueden distinguir tantas clases de substancias cuantas ideas claras y distintas podemos concebir en la mente.

1. Una substancia creada, que piensa pero no es independiente, perfecta ni infinita: el alma humana, **substancia pensante**, objeto de la psicología. Descartes la llama **res cogitans**.

2. Una substancia increada, que piensa y es independiente, perfecta e infinita: **Dios**, objeto de la teología.

⁶Meditación VI

3. Una substancia creada, finita, extensa, que no piensa, ni es independiente: la materia, **res extensa**, objeto de la física⁷.

La aplicación de la analogía del ser a las substancias pensante y extensa permite referirse al sistema cartesiano como un **dualismo**.

Los atributos

Son **aquello por lo cual una substancia se distingue de otras y es pensada en sí misma**.

Cada substancia tiene un **atributo esencial**, que constituye su naturaleza y del cual dependen todos los demás atributos: Dios, la **perfección**; el alma, el **pensamiento**; el cuerpo, la **extensión**. Los atributos esenciales se identifican realmente, y son una misma cosa con la substancia. Solamente se distinguen con distinción de razón.

Los modos

Son modificaciones diversas que afectan primariamente a los atributos y, por medio de éstos, a la substancia. Una misma alma puede tener muchos modos reales de pensamiento: **entendimiento, memoria, imaginación, voluntad, sentidos**. El entendimiento y la voluntad son las facultades propias del alma; las demás -memoria, imaginación, sentidos- solamente le competen en virtud de su unión con el cuerpo. La extensión tiene dos modos: **figura y movimiento**.

Las cualidades sensibles no son reales. Color, olor, sonido, sabor, etc., no son más que afecciones subjetivas, producidas por el movimiento de los corpúsculos extensos que causan diversas impresiones en los sentidos⁸.

Tampoco son reales las formas substanciales, que son ideas compuestas, elaboradas por nuestra inteligencia. Los modos son mudables, una misma alma puede tener muchos pensamientos, y un mismo cuerpo, muchos modos de extensión -ser más o menos largo, ancho, profundo-, permaneciendo intacta su substancia.

Física

Descartes expone su física en "*Los principios de Filosofía*". Gran parte de los desarrollos de este libro no son originales de Descartes, sino de un físico que trataba de matematizar la física: Isaac Beeckman, con el que tuvo una estrecha relación y al que debe gran parte de sus desarrollos.

La idea fundamental de Descartes es la de la identificación del cuerpo con la **extensión**. Para Descartes la extensión es la esencia de la corporeidad y llena todo el espacio de una manera **continua**. Todo fenómeno corpóreo, por tanto, ha de poder ser reducido a lo **matemático-mecánico**. Esta idea estaba presente en la noción de materia de Galileo; Descartes, al igual que Beeckman, le da una expresión físico-matemática que equivale a decir que el mundo corpóreo es mecánicamente un *ens plenum*, un **pleno extenso**, un sistema cerrado.

⁷Esas mismas "ideas" (el alma, Dios y el mundo) serán las que Kant asignará como objeto a la Metafísica como contenido de la Razón pura, considerándolas como puras creaciones subjetivas, resultado de un uso puro o de un libre juego de las categorías, pero negando la posibilidad de afirmar su existencia real.

⁸El dolor no depende de la figura del cuerpo que lo causa. Es lo mismo el causado por una flecha que por un balazo.

Beeckman era atomista, pero frente al atomismo antiguo, que consideraba la existencia del vacío, llenaba el espacio de una **materia sutil**. Este atomismo sin vacío también parece ser sostenido por Descartes, aunque es dudoso que Descartes pueda ser considerado propiamente atomista, pues únicamente se limita a explicar las cualidades de los cuerpos de forma mecánica, lo cual se acerca al atomismo. Su sistema corresponde a un **mecanicismo continuo**, mientras que el atomismo sería un mecanicismo discontinuo.. Para Descartes no hay límites a la divisibilidad de la materia y para el atomismo sí.

Descartes, mediante esta materia sutil, **éter** que todo lo envuelve, explicaba la caída de los cuerpos y los fenómenos magnéticos. Al igual que Beeckman profesaba la doctrina de la conservación del movimiento y explicaban que cualquier tipo de fenómeno se debe a una **acción por contacto**.

En el pensamiento de Descartes nos encontramos por primera vez con la consideración de que **el Universo es una gran máquina**; cuyas partes -cuerpo de los animales, mundo vegetal, etc.- a su vez, también serían máquinas. Lo cual le lleva a introducir la noción de **cantidad de movimiento**.

Hasta ahora se había considerado la velocidad como la realidad matemática del movimiento. Sin embargo, si un cuerpo de masa **m** se mueve con una velocidad **v**, no podemos decir que hay la misma “cantidad de movimiento” que si lo que se mueve con esa velocidad es un cuerpo de masa doble. La “cantidad de movimiento de una partícula es el producto de su masa por su velocidad. Si tenemos un cuerpo o conjunto de cuerpos sobre el cual no se ejerce desde fuera ninguna fuerza (lo que los físicos llaman un “sistema cerrado”), dentro de este sistema puede haber fuerzas de unas partes sobre otras y, por lo tanto, aceleraciones no debidas a ninguna causa exterior; es decir, puede haber cambios en la cantidad de movimiento de cada partícula del sistema. Pues bien, la suma (vectorial) de los incrementos de la cantidad de movimiento de todas las partículas del sistema es siempre cero. **La cantidad de movimiento se conserva**. Este principio: “*la suma de todas las cantidades de movimiento de todas las partículas materiales que componen el universo permanece constante*” fue enunciado por Descartes antes que Newton estableciera el principio de acción-reacción⁹ y, en el lenguaje metafísico de los *Principia* significa que Dios creó el mundo con una determinada cantidad de movimiento y lo mantiene con esa cantidad de movimiento. Nos encontramos así con la **segunda importante función de Dios** en el sistema cartesiano como **principio del movimiento**.

Los fenómenos de rarefacción y condensación, al no existir el vacío, los explica recurriendo al “efecto de la esponja”, que consiste en admitir que las partículas materiales del cuerpo en cuestión se separan o se juntan, aumentando o disminuyendo los intervalos (“vacíos”), pero sin que aumente ni disminuya la suma de las extensiones de todas las partículas que constituyen el cuerpo considerado. Esos intervalos “vacíos” están vacíos relativamente, vacíos del cuerpo en cuestión; nada impide que estén “llenos” por otro cuerpo, lo mismo que una copa “vacía” está en realidad llena de aire. Descartes generaliza esta solución a todo vacío del que la física pueda hablar: cuando la física habla de “vacío” se refiere a algo que no presenta ni color, ni peso, ni otras varias propiedades; Descartes nada tiene que objetar a esto, pero observa que ni el color, ni el peso, ni nada que no sea la

⁹Conocida la fórmula **f=m.a** la diferencia entre el principio de conservación de la cantidad de movimiento y el de acción-reacción es pura cuestión de cálculo.

extensión, entran necesariamente en la noción de cuerpo, y el vacío, precisamente, es una extensión definida.

La aparente dificultad reside en que se considere el llamado “vacío” como una extensión sin cuerpo, cuando lo cierto es que es extensión (por lo tanto, cuerpo) sin otras propiedades que pudiéramos esperar encontrar en un cuerpo, lo mismo que la copa “vacía” es simplemente una copa en la que no hay aquello que esperaríamos encontrar en ella.

De modo que, ara Descartes, no hay lleno ni vacío en términos absolutos, porque ello supondría que la materia es algo absolutamente distinto de la extensión misma; sólo hay ausencia o presencia de determinadas propiedades que no están contenidas en la noción misma de cuerpo.

Una corriente histórica de casi dos siglos de duración defenderá esta concepción **maquinista** cartesiana; frente a ella se situará otra corriente de pensamiento, vinculada a Newton, que se caracterizará por ser un sistema **dinámico**, en el cual la importancia radicará en el concepto de “**fuerza**” como acción a distancia, mientras que Descartes, reduciéndolo todo a extensión y movimiento, excluye totalmente ese concepto de fuerza.

La unión de alma y cuerpo

Al subrayar la distinción entre alma y cuerpo como dos sustancias con atributos irreducibles y opuestos, Descartes tropieza con la dificultad de explicar el problema de su unión. Para intentar resolverlo, Descartes recurre a establecer unos agentes intermedios, los cuales son los espíritus naturales, vitales o animales.

La vida se reduce a puro movimiento mecánico. El cuerpo humano y los animales están compuestos nada más que de materia extensa. Tienen vida, pero o alma ni pensamiento. Tampoco sienten, porque la sensación es un modo del pensamiento, una realidad espiritual que se identifica con el alma. Las sensaciones son “ideas confusas”, “maneras confusas de pensar”. Los cuerpos son autómatas, “máquinas”, cuyo principio motor es el calor del corazón, órgano caliente que está lleno de sangre, la cual se contrae o se dilata en virtud del calor. Así se origina la circulación de la sangre, la cual corre por todo el organismo humano. Con la sangre van mezclados los espíritus vitales, que consisten en una especie de vapor o fluido compuesto de partículas muy pequeñas y sutiles, producidas en el cerebro de las partes más nobles de la sangre y que circulan por todo el cuerpo con movimiento rapidísimo. Excitan los nervios y dilatan o contraen los músculos. Sus partes más sutiles suben hasta el cerebro y se concentran en torno a la glándula pineal, sede del alma. De aquí se origina una especie de doble circulación. Mediante la presión mecánica que los espíritus vitales ejercen sobre la glándula pineal -única parte del cerebro que no es doble y puede, por tanto, unificar las sensaciones que provienen de los órganos de los sentidos-¹⁰, el alma recibe las imágenes o especies procedentes de los órganos de los sentidos, a través de los músculos y nervios. Y a la inversa, el alma, por medio de la glándula pineal, actúa sobre los espíritus vitales y los impulsa hacia los músculos, causando así los movimientos del cuerpo.

¹⁰La glándula pineal se halla situada en el centro de los hemisferios cerebrales, equidistante de todos los miembros del cuerpo, formando un nudo de comunicaciones de los distintos conductos a través de los cuales se mueven los espíritus animales.

De esta manera se establece la comunicación y la interacción entre alma y cuerpo. La voluntad actuaría de un modo similar al de un fontanero, interviniendo en el curso de los espíritus animales y dirigiéndolos por unas u otras vías.

Las pasiones

A petición de la princesa Elisabeth compuso Descartes un tratado sobre las pasiones.

La moral provisional

Descartes escribió muy poco sobre la moral. Al iniciar el análisis crítico excluye expresamente el someter a la prueba de la duda las verdades de la fe cristiana y establece unas cuantas reglas de *"moral par provision"*, que compara a la casa en que uno se refugia de momento mientras lleva a cabo la edificación de la definitiva. De hecho la moral quedó aplazada *sine die*.

Sus reglas se reducen a lo más elemental para poder vivir tranquilamente, evitando la inconstancia y la temeridad y conformándose a las leyes, usos y costumbres del país en que cada uno vive.

Mientras dure la investigación crítica, el filósofo puede permanecer irresoluto en sus juicios, pero no en sus acciones. Entretanto deberá comportarse como buen cristiano y buen ciudadano. Se abstendrá de críticas inútiles y de mezclarse en asuntos que no le conciernen. No puede seguir sus propias opiniones, ya que se propone prescindir de todas en el examen que va a realizar. Pero debe evitar todo exceso, *"que suele ser malo"* y elegir las opiniones más moderadas, que son siempre *"les plus commodes pour la pratique"*. Así, la primera regla prescribe:

"Obedecer las leyes y costumbres de mi país, guardando con constancia la religión en la cual Dios me ha concedido la gracia de ser educado desde mi niñez y gobernándome en todo lo demás conforme a las opiniones más moderadas y alejadas de los excesos, comúnmente aceptadas en la práctica por los más sensatos de aquellos entre quienes tengo que vivir".

En la vida es necesario obrar y es preferible equivocarse a permanecer irresoluto. El irresoluto es un hombre que no se decide a obrar porque no ve claramente lo que conviene hacer y, finalmente, termina por decidirse al azar. Cuando hay seguridad en la verdad debe seguirse. Cuando hay varias opiniones debe seguirse la más probable. Pero cuando no podemos discernir más probabilidad en una que en otra, debemos decidimos por cualquiera de ellas y convencernos de que es segura, evitando las vacilaciones y la indecisión. Por esto se propone:

"Ser lo más firme y resuelto que me fuere posible en mis acciones, y no seguir con menos constancia las opiniones más dudosas, una vez que me hubiere decidido por ellas, que si hubiesen sido segurísimas".

Lo único que depende de nosotros son nuestros propios pensamientos. En cuanto a los acontecimientos que no dependen de nosotros, Descartes aconseja la conformidad estoica, para conservar la tranquilidad del alma en todos los sucesos, prósperos o adversos:

"Procurar vencerme a mí mismo más bien que a la fortuna, y cambiar mis deseos antes que el orden del mundo, y acostumbrarme en general a creer que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder a no ser

nuestros pensamientos, de suerte que, después que hayamos hecho lo que hayamos podido respecto de las cosas exteriores, todo lo que nos falta por conseguir es absolutamente imposible en cuanto está de nuestra parte”.

Después de haber demostrado la existencia de Dios, Descartes no lo propone como norma de moralidad (Sumo Bien). Solamente lo presenta en el sentido estoico de un ser infinitamente bueno y omnipotente, a cuya voluntad debemos someternos, sabiendo que todo cuanto nos sucede es inevitable. Pero Dios lo permite para nuestro bien y debemos aceptarlo confiadamente, pues todo procede de su amor.

Al final del “*Tratado de las pasiones*” manifiesta que las pasiones no pueden influir directamente sobre el alma, pero pueden perturbarla por la conmoción que en ella producen los espíritus vitales. Las pasiones son buenas de suyo, pero pueden ser un obstáculo para la vida moral y debemos esforzarnos por someterlas a la razón. La dignidad y el mérito del hombre consisten en el dominio de sus pasiones, con lo cual “*se hace semejante a Dios*”. Una vez lograda la represión de las pasiones podremos vivir conforme a la recta razón.